

DESPERTÓSE la capital marinedina comentando, rumiando, desfigurando,— iba á decir *saboreando* la noticia del crimen de la Erbeda, si no me pareciese calumnia, porque realmente los marinedinos no son tan ávidos de emociones fuertes como los parisienses, y el malsano gusto de la sangre y del cieno les subleva el paladar. Algo, no obstante, habían conseguido estragarlo la creciente invasión de la sección criminal en la prensa de la Corte, el noticierismo que registra al día, y con minuciosidad digna de más alto objeto, los pasos, movimientos, actos y dichos más insulsos y vulgares del criminal sujeto á la acción de la ley, desde que la fuerza pública le echa el guan-

te, hasta que los hermanos de la Paz y Caridad depositan en el nicho sus despojos.

El vulgo de Marineda, como el vulgo de todas partes, había ido, gracias á la prensa, acostumbrándose á la terminología jurídica y penal, á cierta crítica aguda de la ley y de sus representantes é intérpretes, crítica que, si no ponía el dedo en la llaga, era por lo menos indicio de ese descontento social que clama por renovación, pidiendo agua fresca de nuevos manantiales. Andaba mezclado en este movimiento de la opinión marinedina, como en todos los movimientos de la opinión, algo de mecánico y pueril y algo de inspirado y fecundo; combinación que, transformada en instinto, ayuda sin saberlo á los verdaderos precursores conscientes de la marcha progresiva de la humanidad.

Ello es que aquella mañana, con la primera luz diurna; con las primeras devotas que madrugaron á oír las misas de los Jesuitas; con los primeros barrenderos que, mal despiertos aún, comenzaron á

adecentar las calles y expulsar de ellas á canes y gatos errabundos; con las primeras mujerucas de las cercanías, de cesta en ruedo, que despertaron á los vigilantes de consumos para abonarles la *alcabala*; con las primeras criadas ó amas hacendosas que salieron á aprovechar la comprita de temprano; con los primeros *lulos* que desatracaron para inquietar á la sardina y á la merluza; con las primeras cigarreras que entraron en la Fábrica; con el bureo matinal de una población que cuenta por decenas de millar sus habitantes, que tiene doce ó catorce periódicos, seis ú ocho fábricas entre grandes y chicas, Audiencia, Capitanía general, Colegiata, Instituto, puerto, movimiento aduanero... y todas las etcéteras que aún pueden añadirse en honra y justo encarecimiento de la gentil capital de Cantabria, se esparció, rodó, creció, dió mil vueltas, adquirió más formas que un Proteo y tuvo más versiones que la Biblia, el horrendo y memorable crimen de la Erbeda.

Según unos, tratábase de un marido beodo y brutal que amenazaba y pegaba

constantemente á su mujer, y á quien ésta, en un arranque de cólera provocado ya por tanto abuso, hiciera picadillo á hachazos. Según otros, la pasión de un pobre jornalero por la esposa de su cuñado le había inducido á matar á éste en la soledad de un pinar. Según los que parecían mejor enterados, había de todo un poco: el marido maltrataba á su mujer, el cuñado la quería, ella se entendía con el cuñado, y entre los dos tramárase la muerte, la cual no se ejecutara en despoblado, sino en la propia morada de los esposos, en ocasión de dormir confiadamente la víctima en el nupcial lecho, teniendo á su lado á una inocente criatura, niña de tres años.—Fué esta horrible versión la que prevaleció, la que con los rayos del sol, según ascendía á la mitad del cielo, fué esparciéndose siniestra y categórica por la indignada ciudad; la confirmaron plenamente los periódicos de la mañana, que se cantaron y repartieron entre nueve y nueve y media, y á eso de las once voceóse un extraordinario, especie de hojilla volante muy borrosa, que noticiaba la

captura del amante y su ingreso en la cárcel pública.

Á buen recaudo los dos criminales, no por eso se calmó la efervescencia de las conversaciones: más bien arreció á la hora del almuerzo. La tarde, en vez de apaciguar los ánimos, los encrespó, por ser precisamente la hora en que se forman en Marineda—y en todas partes, pero especialmente en pueblos donde por fin algo se trafica y negocia—los corrillos, los grupos de esquina, las tertulias de las tiendas, los *peñascos* de las sociedades, los areópagos de banco de paseo, con otras manifestaciones de la sociabilidad humana. La opinión matutina de un pueblo es siempre democrática: la forman las clases madrugadoras, trabajadoras, pobres, y estas condenan el *crimen* con menos dureza, como si comprendiesen que es una enfermedad aguda á que están predispuestos los que ya padecen otros dos, crónicas y siniestras, *miseria é ignorancia*. La opinión vespertina—que acaba por prevalecer—la condensan los burgueses, siempre más severos, más recelosos

de la indulgencia y más celadores del orden moral externo. Por la tarde, pues, cuando la marea de discusiones y comentarios fué creciendo y reventando en espuma contra las *peñas* de las dos sociedades *directivas*,—cada cual por su estilo y en su terreno,—que se llamaban la *Pecera* y el *Casino de la Amistad*, fué cuando un redactor de diario marinédino, encargado de telegrafiar á importante publicación de la corte, pudo fiar al alambre estas palabras: «Reina verdadera indignación todas clases sociales. Excitados ánimos coméntanse detalles horribles».

Nosotros, deseosos de ilustrar como compete la opinión del lector, nos guardaremos bien de llevarle á la *Pecera*, frívola reunión de *pollos* y *gallos* (todavía en Marineda se dice así) desocupados y enemigos de calentarse los cascotes metiéndose en honduras científicas. Para ellos, el drama de la Erbeda fué un tema de charla profana, humorística y picante. Para el *Casino de la Amistad*, sobre todo para cierto senado (no en el sentido etimológico de edad, sino en el simbólico

de respetabilidad y cordura) el drama de la Erbeda fué muy otra cosa: dió ocasión á que se luciesen profundos conocimientos jurídicos y á que se aquilatasen y depurasen intrincados y difíciles puntos de derecho penal.

Como que allí se congregaban, asociados por la comunidad de gustos y profesiones, Celso Palmares, magistrado de la Sala de lo criminal en la Audiencia marinédina; Carmelo Nozales, fiscal de la misma; el nunca bien ponderado juríconsulto Arturito Cãnãmo, alias *Siete patibulos*; D. Darío Cortés, delegado de Hacienda, persona muy ilustrada; el brigadier Cartoné, á quien no faltaba su *tinturilla*; y algunas veces ¡atención! el joven abogado Lucio Febrero, sobrino de un Presidente de sala muy anciano, que había muerto en Madrid. Lucio Febrero tenía fama de gran talento—de uno de esos talentos exagerados, peligrosos, revolucionarios, de los cuales se suele hablar en provincias, y aun fuera de ellas, en el mismo tono que se emplea para nombrar una caja rellena de fulminato de

mercurio.... ¡qué digo!... de panclastita...!

También solían entretenerse en este círculo, de tan competentes entidades formado, otras profanísimas, que no conocían ni de vista á Justiniano, pero que (si puede decirse sin irreverencia notoria) toreaban de afición. Mirándolo bien, ¿qué pito tocaba en ciertas cuestiones el mismo brigadier Cartoné? ¿Qué sabía de leyes el director del *Horizonte Galaico*? ¿Qué el bueno de Castro Quintás, enriquecido con la honesta industria de fabricar bujías esteáricas? ¿Qué Ciriaco de la Luna, modelo de honrados propietarios rurales, nata y espejo de detestables poetas? ¿Qué Mauro Pareja, desertor momentáneo de la *Pecera*, solterón incorregible? ¿Qué Primo Cova, el sempiterno guasón? ¿Qué otros tantos como podríamos citar, y forman aquel núcleo, —renovado en algunos de sus elementos por la inevitable entrada y salida de militares y empleados, pero bastante fijo, en el fondo, para que se pueda calcular de antemano cuál género de opinión y forma de discusión prevalecerán en él.

Cuenta el *Casino de la Amistad* entre sus atractivos mayores el de un encristalado vestíbulo, desde el cual la mirada avizor registra muy á su gusto la arteria principal de la población, ó sea la calle llamada Mayor por antonomasia, aunque no lo sea en tamaño, sino sólo en importancia y concurrencia. No presume este vestíbulo de compararse á la *Pecera*, que debe precisamente su nombre á los altos cristales que, rodeándola por tres lados, la convierten en una especie de transparente caja; pero en fin, tal cual está, difícil es que á los tertulianos de la *Amistad* se les escape una rata, y el vestíbulo tiene bastante partido, sobre todo desde que cesa el frío y se puede tomar allí café. Los días de marejada de noticierismo, el vestíbulo rebosa, y las sillas se desbordan de sus estrechos límites, pretendiendo invadir hasta el arroyo — porque aceras, digase la pura verdad, no las posee la calle Mayor....

La tardecita del estreno del crimen, no bajaría de treinta personas el grupo. Era aquello el *grand complet*. Se discu-

tían las versiones, se depuraban, y se iba cristalizando la definitiva, la que ya no se discute. Mauro Pareja—alias *el Abad*—gran *indiscretista*, tenía noticias de la mejor tinta posible; como que acababa de echar un párrafo con Priego, el juez que había estado en la Erbeda á levantar el cadáver y á instruir diligencias. Pareja pronunciaba *instruir* con cierto retintín, añadiendo que no era su ánimo violar cosa alguna y menos el secreto de un sumario tan tiernecito, impúber por decirlo así; pero que seguramente, transcurridas las horas reglamentarias, se elevaría á prisión provisional la detención de la esposa y cuñado del *interfecto*, y se dictaría auto de procesamiento contra ambos, porque juntos habían hecho la gracia. Añadía Pareja otra noticia de interés: Priego descansara de su «penoso cometido» en la quinta de D. Pelayo Moragas, y Priego creía que Moragas estaba... enamorado, ó punto menos, de la reo, según se deshacía en elogios de su aire modesto y simpático, el recato de sus modales y la dulzura de su rostro.

Menos que esto se necesitaba para aguzar la malicia de los oyentes. «¿Pero Moragas la conoce?—¿Qué apostamos á que le lavaba á Moragas la ropa sucia?—Claro, de la Erbeda los dos....—Un idilio....»—Todas estas chanzonetas, agridulces en los más, y sólo en alguno amargas, cesaron por encanto al ver perfilarse sobre el fondo de la venerable botica conque principia la calle Mayor, la figura á un mismo tiempo atildada y suelta, la cabeza canosa y el cuerpo juvenil y cenceño de Don Pelayo. Venía más que nunca perfilado y peripuesto, de gabán gris y chaleco blanco, de terso y fino piqué; el sombrero, algo ladeado y encajado sin descuido, los guantes prietos, en los labios la sonrisa, departiendo con una señora cliente suya, la marquesa de Veniales, á quien acababa de encontrarse sin duda. Cuando iban llegando cerca del Casino, despidióse la señora para entrar en una tienda, y Moragas, serio ya, como hombre que al quedarse solo recobra una preocupación, siguió caminando, fijos los ojos en las baldosas. Entonces Cartoné, que era cam-